

JOSÉ SOTO CHICA

**HASTA
QUE PUEDA
MATARTE**

novela histórica



DOSIER DE PRENSA



Clásica como una novela de capa espada, épica como un *western* de John Ford y vertiginosa como una película de Tarantino

Un soldado de los tercios. Un jenízaro. De las Alpujarras a Lepanto, dos hombres con una cuenta pendiente, dispuestos a hacer lo que sea para saldarla. Desperta Ferro Ediciones estrena su colección de novela histórica con una historia afilada que destila aventura, lealtad y bajas pasiones en la estela de clásicos como Dumas, Salgari o Conrad.



Hasta que pueda matarte
978-84-128158-8-7
544 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 24,95 €

Año del Señor de 1569, año 977 de la hégira. Las Alpujarras, reino de Granada. José de Monteagudo, alférez del Tercio de Granada. Mehmet al-Rumi, jenízaro al mando de una *orta turca*. Dos hombres con una cuenta pendiente, dispuestos a hacer lo que sea para saldarla. Lo que sea.

Es esta una novela que gira alrededor del deseo de venganza como imparable fuerza motora, con dos hombres enfrentados a muerte como enfrentadas a muerte estuvieron sus patrias, la Monarquía Hispánica y el Imperio otomano, pugnando por la hegemonía en un Mediterráneo surcado por galeras y tinto de tanta sangre vertida.

El renombrado novelista e historiador José Soto Chica hace danzar a sus dos protagonistas como derviches alrededor de una espada, dos hombres que se encuentran durante la infausta rebelión de los moriscos para perseguirse sin tregua. En medio, el tesoro de un rey y una mujer, María la Bailaora, que busca la manera de escapar de un destino que ella nunca decide.

Una trepidante historia de odios y traiciones, que nos lleva desde una cueva en la escarpada sierra granadina al asedio de Galera, donde don Juan de Austria se batirá el cobre para demostrar que no es solo el hermano bastardo del rey Felipe II, para dirimirse en aguas de Lepanto, una –¿última?– oportunidad para que los dos enemigos se citen de nuevo con la de los ojos negros.

Hasta que pueda matarte.



José Soto Chica fue militar profesional y estuvo destinado a la Misión de Paz de la ONU (UMPROFOR) en Bosnia Herzegovina. Un accidente con explosivos le costó una pierna y lo dejó ciego, lo que le llevó a reencauzar su vida hacia su verdadera pasión, la historia. Doctor en historia medieval y profesor contratado doctor de la Universidad de Granada e investigador del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada, es autor de más de sesenta artículos y capítulos de libro en obras especializadas y ha publicado seis libros de historia, entre los que destacan *Imperios y bárbaros*. *La guerra en la Edad Oscura*, *Visigodos*. *Hijos de un Dios furioso*, *El águila y los cuervos*. *La caída del Imperio romano y Leovigildo*. *rey de los hispanos*. También es autor de novela histórica, con obras como *El dios que habita la espada*, que recibió el Premio Edhasa 2021, *Bajo el fuego y la sal*, por la que logró el galardón a mejor autor español en los Premios de Literatura Histórica Hislibris 2022, *Egilona, reina de Hispania* y *Hasta que pueda matarte*. También ha recibido el premio honorífico Hislibris 2020 por su carrera literaria.

En librerías el 2 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

LAS CLAVES DEL LIBRO

Desperta Ferro Ediciones estrena colección de novela histórica con una historia de aventuras y duelos en la senda de los clásicos de capa y espada de **Dumas** o **Salgari** con la densidad psicológica de **Conrad**.

Una historia de ficción que, sin embargo tiene mucho de su autor, el consagrado historiador y novelista José Soto Chica –Premio Hislibris 2020 y 2022, y Premio Edhasa en 2021–, y de las **heridas físicas y emocionales sufridas en carne propia** durante su carrera como militar profesional.

Una novela que **ahonda en el quiénes somos** y que a través de sus personajes, ya Mehmet, el niño serbio esclavizado y convertido en jenízaro otomano por sus captores, ya los moriscos de las Alpujarras, desgarrados entre su sentimiento de pertenencia a una nación o a un credo, cuestiona las identidades unívocas.

José de Monteagudo, alférez de un tercio español, y Mehmet al-Rumi, un jenízaro otomano tuerto. **Dos archienemigos y una rivalidad que encarnan la de dos potencias**, la España de Felipe II y el Imperio otomano de Selim II, sumidos en una interminable y encarnizada guerra por la hegemonía en el Mediterráneo.

Dos hombres que luchan a muerte y una mujer, María la Bailaora, que persigue una vida libre de ataduras y de ser juguete de nadie. **Una mujer dispuesta a comerse el mundo** y que nadie se la coma a ella.

La Alpujarra granadina durante la rebelión de los moriscos (1568-1570) es el escenario de partida de la novela. En un contexto de guerra civil, de crisis identitaria y de convivencia truncada, ya nada volverá a ser igual.

La guerra en el mar, el choque de galeras, será otra etapa más de la pugna entre la Monarquía Hispánica y la Sublime Puerta: tras Rodas, Viena y Malta... llega **Lepanto** (7 de octubre de 1571), y allí se enfrentarán de nuevo los protagonistas de esta novela.

Una novela que también pone el foco en los **personajes históricos**, como don Juan de Austria, el joven comandante en jefe que se forja en la Guerra de las Alpujarras y que se pondrá al frente de la Liga Santa en la campaña de Lepanto.

Prepárate, contén el aliento y déjate llevar en una novela de aventuras y duelos, también de amores y redenciones, y en la que solo puede quedar uno.



¿Sabías que la ilustración de la cubierta es una obra de arte analógico, sin rastro de IA? Ha sido creada por el artista gallego Pablo Outeiral, portadista habitual de las revistas de Desperta Ferro. Disfrútala y recrea en sus detalles.



La Liga Santa

el Mediterráneo en el año 1570

La injerencia francesa

Francia no deja de conspirar para romper la Liga Santa. En 1572 su actividad obliga a Felipe II a mantener en la retaguardia, en Mesina, 39 galeras y 9000 soldados en un momento en que el turco es muy vulnerable. También invierte fondos en la construcción de barcos de guerra en el Cantábrico, en previsión de un estallido de las hostilidades con Francia. La Matanza de San Bartolomé, agosto de 1572, o lo que es lo mismo, el descabezamiento del bando protestante en Francia, permite a España mostrarse más confiada, y al turco lo contrario, al ver a su gran aliado occidental fuera de juego.

La frontera con el Imperio

La debilidad de las defensas cristianas en el valle del Danubio es manifiesta. Por suerte, tras la muerte de Solimán el Magnífico (1566), la presión sobre la frontera cristiana se atenúa. Nunca cesan los combates de baja intensidad, pero sin ataques de envergadura el Imperio puede dedicarse a levantar, progresivamente, una densa red de fortificaciones fronterizas, articulando en paralelo nuevos sistemas de defensa regional. Hasta 1593 no volverán los turcos a emprender la ofensiva en este frente y, para entonces, los más de veinte años de tregua que han otorgado a los cristianos han sido aprovechados. Pese a que el ejército turco seguía mostrándose superior en campo abierto, ahora le cierra el paso una línea de defensa en profundidad y unas tropas que, apoyados en estos baluartes, realizan una eficaz guerra de frontera. Ya nada volverá a ser como antes.

Rebelión en los Balcanes

El laxo control que los turcos tenían del área montañosa greco-dálmata, en permanente y latente estado de rebelión, volvió a causarles serios contratiempos durante la guerra. Los venecianos no perdieron un instante en fomentar la sublevación de clanes y etnias a lo largo de la costa. Asimismo, el riesgo de un levantamiento masivo en Morea siempre estuvo presente para los otomanos, quienes, como era habitual, tuvieron que despachar numerosos contingentes de tropas en varias direcciones para someter o asegurar todos estos territorios.



La rebelión de los moriscos

El temor a la expansión e influencia otomana, la intransigencia religiosa y la torpeza política se aunaron para empujar a la rebelión a la minoría morisca del sur de España en 1568, en la llamada Guerra de las Alpujarras. Si hasta entonces se había temido la intervención y aun invasión de España por los turcos, ahora esta se hizo tímidamente realidad. Desde Argel llegaron armas y refuerzos, entre ellos algunos cientos de soldados turcos y berberiscos. Hizo falta traer tropas veteranas de Italia para contener y derrotar, en 1571, a los sublevados. Hasta una vez acabada la Guerra de las Alpujarras Felipe II no pudo pensar en una intervención naval masiva contra el turco.

África, el segundo frente

Argel, la principal base turca y berberisca en el norte de África. Los españoles nunca habían logrado conquistarla, pese a que se había intentado varias veces. La ciudad era cabeza de un extenso territorio y canalizaba buena parte del comercio de su interior. Sin embargo, su principal foco de atracción provenía de su actividad pirática. Allí acudían comerciantes e intermediarios de toda la cristiandad mediterránea. El negocio del rescate de cautivos es por ello la principal fuente de ingresos para la ciudad. Una vez que Argel entró en la órbita otomana, la amenaza dio un salto cualitativo. Ahora los turcos se encontraban a pocos kilómetros de las costas de España. La sublevación de los moriscos y el apoyo prestado a estos acentuó el temor de Felipe II a la presencia otomana en el norte de África. La Monarquía Hispánica estaba obligada a pasar a la ofensiva.

	Lucca	Otros miembros de la Liga Santa además de la Monarquía Hispánica, el papa y Venecia		Principales astilleros turcos
		Escuadras de galeras permanentes con los mandos previos a la campaña de Lepanto y efectivos en el cenit de su poder, 1574		Principales bases corsarias en el Mediterráneo
		Puertos de la Escuadra de Galeras de España, periodo 1565/1575		Escuadras permanentes y número de efectivos aproximados
		Presidios en el norte de África		División provincial (eyalet) del imperio Otomano en 1570
				Sanjaco (subprovincia) otomana en la región balcánica, aprox. 1570

Creta y la guerra de 1570

La isla de Creta es utilizada como base de operaciones contra el turco en el año 1570. Estos se ven obligados a dividir sus fuerzas para proteger al ejército expedicionario que combate en Chipre y, al tiempo, defenderse de la flota cristiana que acaba de llegar a Creta. La indecisión y mala dirección de las operaciones hicieron fracasar sus planes. Más aún, la campaña naval demostró las limitaciones de la flota veneciana, que sufrió un desgaste terrible e injustificable que condujo a su almirante a ser depuesto y condenado a prisión. La Monarquía Hispánica estaba obligada a pasar a la ofensiva.



LA PUGNA ENTRE ESPAÑA Y EL IMPERIO OTOMANO

El enfrentamiento entre el y el islámico de los otomanos fue mucho más que la mayor y más prolongada guerra de Europa a lo largo del siglo XVI. Para la Europa cristiana, sumida en las convulsiones de la(s) Reforma(s), los empujes otomanos en el continente fueron vistos casi como un apocalipsis. Las campañas de Solimán el Magnífico (1520-1566), asimilado a un nuevo Atila por católicos y protestantes, y sus ejércitos y armadas como hordas de hunos, pusieron a Carlos V y su hermano Fernando ante el espejo de una amenaza real: la pérdida de Rodas (1522) y el desastre en Mohács (1526, Hungría cae en manos otomanos y prepara el asedio de Viena de tres años después) señalan el imparable embate otomano, apenas detenido en Malta en 1565.

La guerra se extendió en el mar, pues los corsarios berberiscos del norte de África, en connivencia con el turco, atacaban las costas andaluzas y el Levante español, a la vez que se abarcaba un frente difuso que cubría prácticamente todo el Mediterráneo septentrional. Campañas de Carlos V en este ámbito alternaron triunfos efímeros como en Túnez (1535) con desastres permanentes (Argel, 1541) y unas complicaciones que heredaría su hijo Felipe II y que llevarían a otra debacle en Los Gelves (1560). El embate turco sobre Malta, en 1565, volvió a poner sobre la mesa la necesidad de actuar con firmeza y en colaboración con otros estados cristianos (Venecia, Génova, el Papado). La conquista otomana de Chipre en 1571 será la ocasión para reunir galeras y soldados en una Liga Santa.

LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS

Uno de los últimos reductos del islam español, la Alpujarra granadina se convierte en el escenario de una brutal guerra que estalla con una rebelión de la población morisca a finales de 1568. Una población morisca que cada vez más fue perdiendo la libertad de culto que se les había garantizado tras la conquista del reino nazarí en 1492, y muchos de cuyos elementos quedaron suspendidos en 1526. Ante la aplicación de una pragmática, publicada en nombre del rey en 1567, y que suponía que renunciaran a su lengua, sus vestimentas y sus costumbres, la población morisca se alzó en armas y en la Navidad de 1568 proclamaron como rey al noble morisco Hernando de Válor y Córdoba, conocido como Abén Humeya, y que al cabo de diez meses fue asesinado y sucedido por Diego López, llamado Abén Aboo, como líder de la rebelión y pronto enfrentado a su general, Hernando el Habaquí, todos ellos mencionados en la novela.

La contienda fue feroz desde el principio y por parte de ambos bandos, que utilizaron el terror como

arma para quebrar la moral de la población de la región, morisca o cristiana. La novela recrea en detalle uno de los episodios de la guerra, el asedio y la toma a sangre y fuego de la villa de Galera, al frente del cual se puso como comandante supremo el joven don Juan de Austria, que se haría cargo de las operaciones por encargo de su hermano, el rey Felipe II en enero de 1570. En siguientes fases de la guerra, que se extendieron a las provincias actuales de Málaga y Almería, y a medida que el bando morisco se fragmentaba y rendía, las operaciones se trasladaron al valle del Almanzora y a ciudades como Tíjola, Serón y Purchena, también escenarios de algunos episodios de la novela, y donde los hombres eran pasados por las armas y las mujeres y niños tomados como prisioneros. Los moriscos contaron con hombres y recursos del bey de Argel, y con un apoyo otomano que no acabó de concretarse del todo. Con el final de la guerra, en noviembre de 1570, se inició una deportación de la población morisca superviviente a diversos lugares de Castilla.

LOS JENÍZAROS: SERVIDORES DEL SULTÁN

La imagen del soldado de los Tercios, a menudo asociada a la guerra de Flandes entre 1568 y 1648, ha sido destacado en general en la monografía y en la novela histórica; he ahí, por ejemplo, el famoso capitán Alartriste creado por Arturo Pérez-Reverte. Su enemigo particular, en muchos aspectos, es el jenízaro otomano, si bien las comparaciones no se prestan tanto. La élite de los ejércitos otomanos –como los mamelucos lo fueron en el Egipto ayubí y en los siglos posteriores–, los jenízaros tienen un origen muy particular: reclutados entre los niños cristianos, desde finales del siglo XIV, paulatinamente fueron seleccionados entre las poblaciones de los Balcanes –nuestro Mehmet al-Rumi es de origen serbio–, en el marco de un «impuesto de sangre» (el *devşirme*) que las familias de esta zona debían entregar.

Considerados los «servidores del sultán», desde la infancia se les sometía a una rigurosa disciplina y se les adiestraba para las artes de la guerra, generalmente en la infantería, en unas escuelas propias, llamadas *Acemi Ođlanı*. Aunque de origen cristiano, se esperaba de ellos que se convirtieran al islam y fueran devotos, casi hasta el punto de ser soldados monje como los templarios (salvando las distancias). La *orta*, el regimiento en el que servían, estaba dirigida por un *çorvacı basi* o capitán –Mehmet lo es–, con un lugarteniente o *ascı basi*, y en cierto modo era la «familia» que el jenízaro célibe tendría durante su servicio militar: una hermandad que utilizaba el mismo caldero o *kazan* y que convivía en el mismo campamento y en campaña siempre juntos.

LA GUERRA DE GALERAS EN EL SIGLO XVI

«La vida de la galera, déla Dios a quién la quiera», zanjó el humanista Antonio de Guevara en uno de sus escritos, *La vida de la galera* (1539), que describe al detalle la vida de los hombres embarcados en las grandes embarcaciones de remo del rey católico. Era aquella una existencia marcada por la estrechez de tener que convivir cientos de hombres en un espacio reducido y carente de toda intimidad; por la suciedad –omnipresentes eran los piojos, las pulgas y las chinches–, y por el constante peligro de las tempestades, las armadas turcas y los corsarios berberiscos. En el microcosmos de las galeras convivían hombres de toda clase y con-

dición: los aristócratas que capitaneaban las flotas y las naves, caballeros, hidalgos, aventureros, soldados, marinos, presos condenados al remo, gitanos, esclavos, y cautivos turcos y berberiscos. Sus esfuerzos, desde la ardua boga al ritmo del silbato del cómitre hasta la conducción del timón, el manejo de los cañones y la dotación de la corulla –la superestructura de proa donde se ubicaba el grueso de la tropa–, se encaminaban al combate.

Las batallas entre grandes flotas de galeras implicaban a cientos de naves y miles de hombres en choques caóticos que, en el siglo XVI, se decidían bien al abordaje, bien por el hundimiento de los buques con-



© Felipe Rodna

trarios al espolón o bien por el efecto de una artillería y unas armas de fuego individuales novedosas y cada vez más extendidas. Tal fue el caso de la batalla de Lepanto, el mayor choque de galeras de la época, en el que la flota de la Liga Santa liderada por don Juan de Austria se impuso a la turca de Alí Pachá merced a la superioridad de su artillería y al gran número de arcabuceros y mosqueteros españoles embarcados. Aun así, fue un combate muy reñido. Dejemos que hable el veneciano Girolamo Diedo:

Gruesas nubes de saetas y una gran variedad de fuegos artificiales surcaban el aire, que a causa de la gran humareda estaba poco menos que completamente oscuro; y debajo se veían muchos barcos dispuestos en diferentes formas para los diversos combates unos contra otros y de acuerdo con los diversos encuentros; estaban esparcidos en el espacio de quizá ocho millas de mar, todo cubierto no tanto con árboles, antenas, remos u otros despojos similares como de una innumerable cantidad de cuerpos que lo ensangrentaban todo.

Así fue «la mayor ocasión que vieron los siglos», en la expresión cervantina: una pugna reñida, cruel y caótica; galeras desbaratadas y hundidas a cañonazos, empavesadas erizadas de flechas, remos quebrados, naufragos aferrados a cualquier resto despojo flotante... Un mar de sangre y fuego a la vista muda de la mítica Ítaca.

LA CAÍDA DE CHIPRE Y LA FORMACIÓN DE LA LIGA SANTA

El gran sitio de Malta por los turcos entre abril y octubre de 1565 se saldó con una retirada que supuso un freno a la política expansiva de, sultán Solimán I el Conquistador, que murió un año después. Su sucesor, Selim II, tomaría el testigo y las atarazanas en Constantinopla construyeron nuevos barcos. La siguiente campaña otomana se dirigió a Chipre, por entonces una posesión de la Serenísima república de Venecia, cuyos espías se habían hecho eco a principios de 1570 de que se preparaba una nueva armada y prepararon sus defensas en la isla. En julio de ese año una armada otomana, con entre 20 000 y 35 000 soldados, desembarcaron; frente a ellos, los venecianos y sus aliados contaron con 5000 soldados de infantería italianos y 800 jinetes albaneses, además de 11 000 milicianos. Los venecianos no hicieron frente a los turcos y se retiraron a Famagusta, su plaza fuerte, que empezó a ser asediada por los otomanos que, a su vez, se apoderaron de la isla. El asedio se intensificó en abril de 1571

y la ciudad, bajo el mando del veneciano Marco Antonio Bragadino, pactó una rendición con condiciones a principios de agosto, pero que los turcos no respetaron y masacraron a parte de la población, esclavizando al resto.

La conquista de Chipre produjo una gran conmoción en Europa, especialmente ante la noticia del martirio de Bragadino con lo que quedaba de la guarnición veneciana. Se abrió paso, entonces, y no sin complicaciones, la culminación de una Liga Santa, liderada por España y Venecia, las principales potencias navales cristianas del Mediterráneo, y con la bendición insistente del papa Pío V. Constituida finalmente en la primavera de 1571, en verano las distintas escuadras de la flota española cargaron soldados, pólvora y pertrechos en Cartagena, Barcelona, Génova y Nápoles – donde el comandante supremo de la Liga Santa, don Juan de Austria, recibió el estandarte bendecido por el papa–, para poco a poco converger sobre Sicilia, donde se unieron las flotas de Génova (con Juan Andrea Doria al frente), Venecia (comandada por Sebastiano Veniero) y el papado (dirigida por Marco Antonio Colonna). En Mesina los venecianos exigieron una acción inmediata, decisión finalmente tomada el 2 de septiembre.

LEPANTO

«La más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», como se la definió, la batalla de Lepanto, el 7 de octubre de 1571, fue el mayor enfrentamiento naval en el Mediterráneo en el siglo XVI; de hecho, fue la batalla con más presencia de galeras de toda la época medieval y moderna, con un total de más de 430: 230 naves y 25 000 soldados en la flota otomana, 243 y 37 000, respectivamente, en la cristiana; más cansadas las fuerzas otomanas por las campañas previas, más frescas las cristianas que llegaron sin combatir a Lepanto. Los turcos observaron que la flota cristiana era más poderosa de lo que sus servicios de espionaje mencionaron –en la novela se incide en ello–, pero se prepararon para el combate. Don Juan de Austria ordenó desherrar a los remeros forzados y prometió liberarles si ayudaban a la victoria; los otomanos, que tenían en su mayoría remeros cristianos apresados, hicieron lo contrario. Las dos flotas se desplegaron lentamente y mantuvieron alineadas las formaciones. La batalla empezó al mediodía y terminó al atardecer.

El primer choque se produjo en el ala izquierda cristiana, básicamente veneciana, que intentó proteger su flanco de un envolvimiento del enemigo, que quedó apelonado y no pudo defenderse del ataque cristiano. En el centro, el choque fue tremendo en una lucha centrada entre las dos capitanas, La Real con don Juan y La Sultana con Muezzinzade Alí Pachá, y sus buques

inmediatos; los turcos atacaron a La Real, pero la llegada de las naves de don Álvaro de Bazán desequilibró el combate, y el almirante turco murió en combate. En el ala derecha las cosas fueron más complicadas para las naves genovesas y maltesas, pues maniobraron bien las otomanas de Uluj Alí, pero la llegada del refuerzo de don Juan y Bazán forzaron la huida del almirante turco. El resultado: 117 galeras y 13 galeotas turcas apresadas, unos 3500 prisioneros y 400 armas de artillería incautadas. Los turcos tuvieron 30 000 muertos, los cristianos unos 8000. Fue una gran victoria, pero no implicó grandes cambios en la hegemonía naval en el Mediterráneo. Desde un punto de vista político, tanto Venecia como España acordaron un tratado de paz con el Imperio otomano en 1574 que permitió a España dirigir su atención hacia el Atlántico.

Nuestra novela se complementa con un posfacio escrito por Àlex Claramunt, historiador especialista en la época, que incide sobre el período histórico en el que se sitúa la novela y los principales temas que se desarrollan en ella, un contexto histórico con el que entender mejor los personajes y la época recreados.



DRAMATIS PERSONAE



José de Monteaugudo y Lope de Torices

Monteaugudo es un alférez del Tercio de Granada y el mejor amigo de Lope de Figueroa. Granadino de origen, es espigado y delgado, con ojos negros, como sus cabellos, y piel bronceada por los combates bajo el sol. Reservado, de pocas palabras y siempre dispuesto a la acción, fue capturado tras el desastre español en Los Gelves y pasó unos años prisionero en Constantinopla. En un raid otomano en suelo español, Mehmet mató a su hermano pequeño y dio rienda a una enemistad mortal que durará años. Enamorarse de María la Bailaora le hará cambiar muchas de las cosas que tenía por ciertas.

Mehmet al-Rumi

Capitán jenízaro de una *orta*, respetado por sus hombres, Mehmet, de origen serbio –de niño se llamaba Ako–, es algo más bajo y fornido que Monteaugudo; de pelo rubio, tirando a castaño, tiene unos ojos azul hielo que llaman la atención... o lo es el ojo que le queda, pues del primer combate con Monteaugudo fue herido y quedó tuerto, un motivo personal de venganza. Ambicioso y resolutivo, no tiene reparos en matar a quien sea, incluso entre los suyos, para conseguir sus propósitos. Ansía ganarse un estatus social que le permita ser aceptado por el primer visir Mehmet Sokullu Pachá, pues está enamorado de su hija Ísmihan.



María la Bailaora

Quizá un personaje inclasificable, incluso en su género: criada en un entorno marginal, se ha abrazado a una vida tabernaria como bailaora para lograr salir de los márgenes de la sociedad que la etiquetan como mujer fácil y como juguete de cualquiera que la mantenga, María es tenaz, tiene claro qué quiere hacer con su vida y se aprovecha de los hombres para conseguirlo; lo hace con Thomas, para ella Tomás, el Inglés, que acaba rendido ante ella y encelado de todo hombre que la pretenda, pero conocer a José de Monteaugudo romperá muchos de sus esquemas mentales. Basada en un personaje real que combatió en Lepanto, María no dudará en envainarse la espada y hacerse pasar por hombre para conseguir sus propósitos.

Lope de Figueroa (1541/1542-1585)

Personaje histórico, fue uno de los españoles capturados por los otomanos tras el desastre de Los Gelves (1560) –en la novela, conoce allí a José de Monteaugudo– y pasó cuatro años prisionero en una galera en Constantinopla hasta que fue rescatado por su padre pagando una elevada suma de dinero. En el inicio de la novela Figueroa es el mejor amigo de Monteaugudo, y sirve como maestro de campo en el Tercio Viejo de Granada, donde fue herido en una pierna, y combate tanto en la Guerra de las Alpujarras como en la batalla de Lepanto. Lope personifica la lealtad a un amigo y cueste lo que cueste.

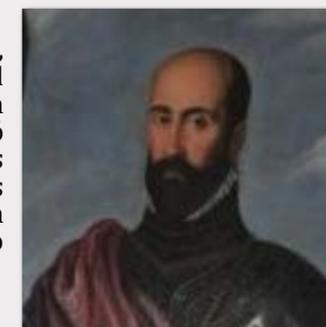


Don Juan de Austria (1545-1578)

Hijo bastardo del emperador Carlos V, cuya paternidad se hizo público a su muerte, su hermanastro el rey Felipe II, sin embargo, no le otorgó el tratamiento de alteza. Se educó en la corte con sus sobrinos, el príncipe don Carlos, heredero de Felipe, y Alejandro Farnesio, vástago de otra hija ilegítima del emperador, Margarita de Parma. Concitó muchas expectativas, empezando por las propias, y fue elegido por su hermano para comandar los ejércitos reales en la Guerra de las Alpujarras en sustitución del marqués de los Vélez, y se destacó en las últimas campañas, si bien Felipe esperaba que se dejara aconsejar por los nobles y hombres de guerra. En la Liga Santa contra el turco, don Juan fue impuesto por su hermano como el comandante supremo y recibió la bendición papal, y en Lepanto buscaría la gloria y demostraría el coraje que, como ejemplo de caballero, deseaba mostrar al mundo.

Dos Luis de Quijada († 1570)

Don Luis, mayordomo del César Carlos, fue el ayo del pequeño Jeromín, pronto don Juan de Austria, y quizá su consejero más cercano, hasta el punto de que llegó a considerarlo el padre que nunca tuvo. Jefe de la casa del joven príncipe, en 1564 fue designado consejero de Estado y ejerció una carrera al servicio de Felipe II como presidente del Consejo de Indias y miembro de la Junta Magna que debía decidir sobre la gobernanza de los virreinos americanos. En la novela, don Luis participa con don Juan en la Guerra de las Alpujarras y será un fiel y perspicaz consejero en su estado mayor. Falleció durante el asedio a Serón.



Mehmet Sokullu Pachá (1506-1579)

De origen serbio en Bosnia, también como Mehmet fue reclutado como jenízaro por el sistema del *devsirme*, si bien pronto comenzó a medrar en la carrera imperial otomana, hasta alcanzar el cargo de primer visir desde 1565. Como yerno de quien sería el sucesor de Solimán el Magnífico, Selim II, su poder se engrandeció aún más. En la novela, Mehmet Sokullu Pachá dirige la política militar contra los estados cristianos y promociona a Mehmet al Rumi, permitiendo que este se case con su hija Ísmihan cuando regresa enriquecido a Constantinopla.

Müezzinzade Ali Pachá († 1571)

Gran almirante o Kapudan Pachá de la flota otomana desde 1569, era hijo de un muecín –de ahí el epíteto de su nombre, Müezzinzade, que significaba precisamente eso, «hijo del muecín»–, como se destaca en la novela, y un aliado de Mehmet Sokullu Pachá en la corte imperial. En la batalla de Lepanto se situó el centro con su galera, La Sultana, y enfrentado directamente a la galera almirante cristiana de don Juan de Austria, La Real. Figura pragmática pero firme, en la batalla de Lepanto comandó el centro de la flota otomana desde el navío La Sultana, donde izó el estandarte verde del sultán.





GRANA
DA

15 03

Depingebat Georgius. Hoefmagle Antiochianus.

1. S. Christoval.	11. Algibe
2. S. Andres.	12. Mezquita
3. Los Theatinos.	13. Goerta del Rey Morv.
4. El Bosco.	14. La Sierra del Sol.
5. Generalypha.	15. Los Alfomros.
6. S. Helena.	16. Los Alarcires.
7. El Castillo mayor.	17. La Sierra neuada.
8. Palatio Real nuevo.	18. Hospital Real.
9. Palatio Real Antiquo.	19. Yglesia Mayor.
10. El Castillo Arabin.	

LOS ESCENARIOS

GRANADA Y LAS ALPUJARRAS

En 1561, según el censo que ordenó Felipe II para todos sus territorios, el Reino de Granada contaba con unos 280 000 habitantes, de los que 164 000 eran moriscos, dominados por la minoría de los cristianos viejos. Por las condiciones de la rendición en 1492, se garantizó que los moriscos podrían seguir con sus costumbres, lengua y religión, pero pronto la monarquía endureció el trato a la población musulmana, imponiendo cada vez más la conversión al cristianismo. A lo largo del siglo XVI se realizó en la ciudad de Granada una «cristianización» del plano urbano, con la construcción de nuevas iglesias o la adaptación de mezquitas en iglesias, así como cambios en el nomenclátor de las calles y plazas, o la apertura de nuevas vías. En las localidades serranas, la creciente persecución a los moriscos se percibió más, mientras que en las ciudades, con más opciones de integración y de intercambios comerciales, se podía establecer una base mínima de relación entre ambas comunidades. Pero la publicación de una pragmática real en 1567 y la oposición de la

población morisca llevó a una escalada de tensión que estallaría con la revuelta de la Navidad de 1568.

La novela pone el foco en algunas ciudades del reino granadino y donde se desarrollaron algunos episodios de la guerra y la resistencia de la población morisca. Una de las villas destacadas es Galera, situada en una zona de comunicaciones en la zona septentrional del reino, y que fue ocupada por los rebeldes con 6000 soldados, por lo que a finales de noviembre de 1569 albergaba a más de 10 000 refugiados; caerá el 10 de febrero de 1570: no se perdonó a ningún varón por encima de los 12 años y, en total, unos 4500 civiles y 2400 guerreros murieron aquel día; otros 1500 fueron esclavizados o deportados a La Mancha. Otras localidades en las que transcurre parte de la novela son Serón, que cae el 28 de febrero; Tíjola, donde el 22 de marzo mueren más de 400 moriscos en el asalto final, y Purchena, tomada por don Juan el 25 de marzo. La ferocidad en ambos bandos causó numerosas bajas en la población local del reino.

CONSTANTINOPLA

Tras la toma de la Constantinopla bizantina a finales de mayo de 1453, cuando se capturó a alrededor de 45 000 personas que fueron evacuadas, la ciudad se repobló y amplió a lo largo del siglo siguiente, y en su pico más alto en el siglo XVI ya debió de albergar una población de hasta 700 000 habitantes. Para la construcción de las armadas, como fue el caso de la campaña de Lepanto, la ciudad contaba con unas atarazanas, denominadas Tersâne-i Âmir, que durante los reinados de Solimán el Magnífico y Selim II se convirtió en un vasto complejo militar-industrial dotado de extensos almacenes de madera y otros materiales constructivos, además de velas, jarcia, pólvora y balas de cañón.

En la novela se describe el desfile del ejército del vencedor en Los Gelves, Pialí Pachá: desde el puerto militar avanza hacia la puerta de Edirne para afrontar la ancha y marmórea avenida de Diván Yolu; se mencionan algunos de los edificios que jalonaban la procesión de los vencedores –el cuartel de los jenízaros, las mezquitas de Cora, del Fatih y de Shezade, para luego pasar junto a la soberbia y recién terminada Gran Mezquita de Solimán, construida por el arquitecto Mimar Sinan– y se llega hasta el deslumbrante Sebetjilar Kiosko, en cuyo centro, sentado en un trono de oro entoldado con seda cuajada de piedras preciosas y perlas, se hallaba el sultán; a los prisioneros, Monteagudo y Figueroa entre ellos, se les encerrará en la ciudadela de Yedicule y la Torre del Silencio.

BARCELONA, NÁPOLES Y MESINA: LA REUNIÓN DE LA FLOTA DE LA LIGA SANTA

La novela describe la reunión de las escuadras de la Liga Santa a lo largo del verano de 1571 y de este modo vemos a los personajes en al-



Mapa de Constantinopla en la Cosmographia de Sebastian Münster (1544).

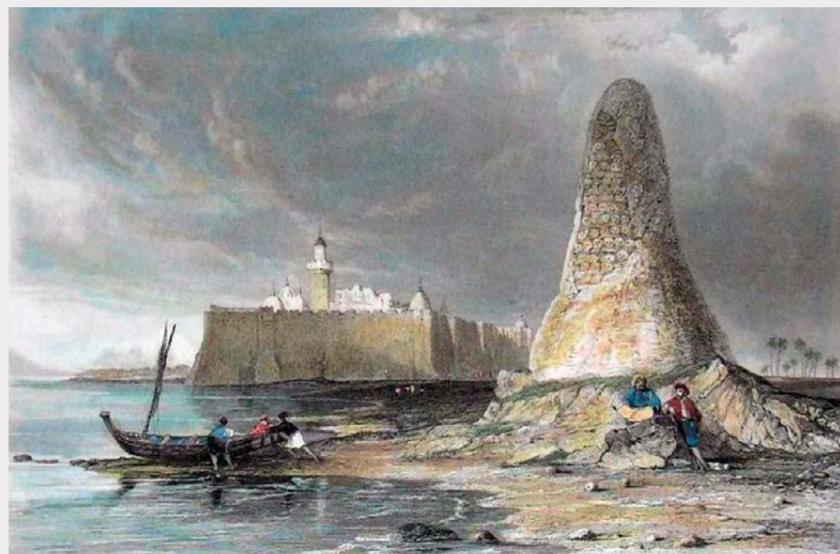
gunas de las ciudades por las que pasó su comandante supremo, don Juan de Austria. En Barcelona, una vez se supo la firma de la Liga Santa en Roma el 25 de mayo, el bastardo imperial empezó a reunir las velas hispanas que iban a navegar hacia Italia para allí juntarse con las de Génova, Venecia, la Orden de Malta y el papado. El 20 de julio don Juan embarca en La Real, construida en las atarazanas de la Ciudad Condal tres años antes, y parte recibiendo la aclamación popular. Siguiendo escalas serán Niza, Génova, Lucca y Civitavecchia, antes de llegar a Nápoles, la ciudad más populosa de Italia.

La flota de galeras de don Juan llega a Nápoles el 13 de agosto y sus calles se iluminan con antorchas, lámparas y fanales, y se engalanan con flores y con ramas de mirto, ciprés y pino fragante; allí le recibe el cardenal Granvela y por sus calles es aclamado por la multitud enfervorecida. Ante el altar de la iglesia de Santa Clara, el príncipe recibe la vara de mando que simboliza su autoridad como supremo almirante y general de la Liga Santa, y un magnífico estandarte de damasco azul que el papa le ha enviado como bandera que izar en su galera; en él destacan una imagen de Cristo crucificado y las armas del rey de España, la República serenísima de Venecia y el santo pontífice. El punto final de reunión de las escuadras de la Liga Santa será Mesina, adonde llega don Juan el 22 de agosto: les reciben con un arco triunfal erigido para que el comandante supremo y sus soldados se sientan triunfadores. Más de trescientas naves, dos tercios de ellas galeras de guerra, confluyen en aquel puerto siciliano, del que zarparon el 12 de septiembre en dirección a Corfú.

LEPANTO Y EL «CABO ENSANGRENTADO»

La entrada al golfo de Patras fue el lugar donde combatieron las flotas cristiana y otomana en una batalla en la que las aguas se tiñeron de rojo por la sangría vertida; de ahí que, también, el cabo que preside la entrada al golfo recibiera el nombre de «Cabo ensangrentado». Este es el golfo de Patras por la ciudad de Morea (o el Peloponeso) situada al fondo del mismo; a partir de ahí se abre el golfo de Lepanto, por la ciudad situada enfrente de Morea. En la entrada al golfo de Patras se hallan las islas de Cefalonia e Ítaca.

El 27 de septiembre la flota cristiana, que arribó un día antes a Corfú, recibe noticias de que la armada otomana está en Lepanto. El 28 las naves de don Juan atracan en el puerto de Igumenitsa, en el Épiro; entre el 30 de septiembre y el 1 de octubre se reincorporan en ese puerto las naves de Bazán, Veniero y Colonna, y Gil de Andrade, que ha estado varios días observando las defensas de los castillos turcos que protegen Lepanto y las características de la armada otomana. Se inspecciona y pone orden a la flota durante tres días, y con un buen tiempo el día 3 se parte a la isla de Cefalonia, respetando escrupulosamente el orden de combate. En la noche del día 6 se zarpa en dirección a la entrada del golfo de Patras, pero a causa del viento ordena regresar al fondeadero. Por su parte, la armada otomana sale del golfo de Lepanto y adelanta su posición hasta Patras. Al amanecer del día 7 de octubre, la flota de la Liga Santa parte de nuevo en busca de la escuadra turca, y esta vez ambas armadas se encierran en la embocadura del golfo de Patras.



Burj al-Rus, la "Torre de los Cráneos" erigida en la isla de Yerba con los esqueletos de los españoles caídos en el desastre de Los Gelves.



ENTREVISTA AL AUTOR

José Soto Chica publica su primer novela con Desperta Ferro Ediciones y que promete ser la primera de una serie que, siguiendo los encuentros y duelos de dos enemigos mortales, un alférez español y un jenízaro otomano, se situará en diversos escenarios de la pugna entre los imperios español y turco en el último tercio del siglo XVI.

Con esta novela te trasladas a un período, el siglo XVI, y un ámbito, la guerra en el Mediterráneo entre España (y sus aliados) y el Imperio otomano. ¿Qué te impulsó a hacer este salto desde la Antigüedad Tardía?

Tenía buenas razones para ello. La primera es que nací y vivo en Santa Fe, una ciudad marca-

da por ser fundación de los Reyes Católicos durante la Guerra de Granada y por haber sido también, durante unas jornadas, sede de la corte del emperador Carlos V. En un lugar así, la historia de la Monarquía

Hispanica se respira en cada calle. Crecí con historias de caballeros y tercios, de moriscos y corsarios, y aunque me especialicé en Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media, siempre he sido un apasionado de la historia del siglo XVI, y, muy particularmente, de la rivalidad imperial sostenida por España y el Imperio otomano.

En segundo lugar, soy un defensor de la Historia Universal. Huyo de particularismos y creo que la Historia, la de verdad y no la que se construye al servicio de algunos, o es universal o se la falsea. ¿Y cuándo ha sido más universal, más auténtica, que cuando dos imperios como nunca antes se habían conocido, el nuestro y el turco, se disputaron la hegemonía mundial? Y es que se

escribe mucho sobre la pugna de la España de Felipe II contra Inglaterra o los rebeldes de Flandes, pero donde realmente se jugó el destino del mundo fue en el enfrentamiento sin cuartel que españoles y

turcos libraron en el Mediterráneo. Es una historia que se ha contado poco y mal y yo quería rescatarla y contarla con toda la adrenalina y furor que requiere y para ello me puse a estudiar a fondo y me lo pasé en grande.

Una novela no deja de ser, en cierto modo, una «autobiografía», pues en ella se pone algo de uno mismo, de una manera u otra. ¿Hay algo de ti en esta novela?

Mucho. Aquí y allá, hay experiencias vitales que disfruté y padecí: la camaradería, el miedo, la disciplina, el espíritu de sacrificio... Soy, uno nunca deja de serlo, militar y que el Ejército de Tierra me confirió hace poco el gran honor de ser embajador de la Marca Ejército de Tierra. Sus valores, en esencia los mismos que distinguían y guiaban a Lope de Figueroa, José de Monteagudo y al resto de sus compañeros del tercio de Granada, siempre han estado presentes y asoman entre las líneas de *Hasta que pueda matarte*.

Pero luego hay cosas más físicas... por así decir. Sé lo que es te vacíen un ojo, lo que es sentir la metralla destrozándote el cuerpo, lo que es mirar muy cerca la muerte, lo que puede hacerle la guerra a la gente... Todo eso, claro está, aparece en mis novelas y en esta, en particular, en grado sumo.

En fin, conozco bien y amo lo que antaño fueron Berbería y el Imperio otomano y, ni que decir tiene, mi Granada de sierras y vegas, Italia... Hablo de lo que he leído, pero también de lo que he sentido y vivido y eso se nota en cada página de la novela.

Además, en tu caso, a la faceta del historiador podemos añadir la experiencia del militar que estuvo en Bosnia y vio la realidad de aquel conflicto. Todas las guerras son diferentes, pero a la vez se parecen mucho entre sí. ¿Ha influido tu bagaje militar en la creación de situaciones o de los propios personajes?

Por supuesto. Formar parte de una unidad militar, vivir la experiencia de una misión militar en mitad de una guerra civil tan despiadada como la de Bosnia, etc. Son cosas que, si eres consciente de ellas y las sopesas bien, te dan mucha información para hacer creíbles tus escenas de batalla, la personalidad de los personajes de una novela, la intimidad de sus sentimientos, el filo despiadado de sus deseos de venganza...

Del mismo modo, ¿hasta qué punto tu experiencia como historiador ha influido en tu faceta de novelista del género histórico?

No puedo dejar de ser historiador. Cuando novelo, la literatura manda, pero sin ofender, por así decir, a la historia. ¿Qué quiero decir? Que en mis novelas nunca se falsea. Cuido mucho la ambientación y la psicología de los hechos y personajes. Quien se acerque a *Hasta que pueda matarte* se hallará ante personas del siglo XVI. Odio las novelas en que te hablan de romanos, de hombres de los tercios o de época napoleónica que piensan y sienten como correctísimos hombres o mujeres del siglo XXI. El pasado es lo que fue y no lo que algunos se empeñan en recrear. Dicho de otro modo: Mehmet al-Rumi, José de Monteagudo o María la Bailaora son, necesaria, afortunada y políticamente incorrectos porque

son gente de la segunda mitad del siglo XVI y no fueron creados para darles lecciones morales a nadie, sino para emocionarte y arrastrarte a una gran aventura.

José de Monteagudo, un alférez de un tercio, y Mehmet al-Rumi, un *çorvacı basi* o capitán de una *orta otomana*. Una rivalidad mortal que promete depararnos grandes aventuras. ¿Cómo definirías a cada personaje?

Son dos hombres de voluntad de hierro y marcados por su pasado. Dos que nunca retroceden y que nunca se traicionan a sí mismos. A su manera, cada uno de ellos permanece siempre fiel a sus principios y cada uno de ellos es, de algún modo, un arquetipo, una encarnación de sus respectivos imperios y, a la par, de las virtudes militares que representaban sendas potencias. Monteagudo es uno de esos oficiales españoles del siglo XVI que destacaban por su habilidad, su valor, su honra y su capacidad de sacrificio; por su parte, Mehmet es el prototipo de jenízaro: inflexible, determinado, astuto, arrojado... No eran hombres como nosotros. No, no lo eran. Cuando uno lee los textos de la época se asombra de su capacidad de resistencia y sufrimiento. No hubo jamás soldados como los de los Tercios... o sí: los jenízaros. Solo ellos, los «Servidores de la Sublime Puerta» podían igualarse en habilidad guerrera, disciplina, sacrificio y resistencia. Por eso me pareció sumamente atractivo poner frente a frente a dos hombres como Monteagudo y Mehmet al-Rumi, tan diferentes entre sí y, sutilmente y a un tiempo, tan

«Sé lo que es te vacíen un ojo, lo que es sentir la metralla destrozándote el cuerpo, lo que es mirar muy cerca la muerte, lo que puede hacerle la guerra a la gente... Todo eso, claro está, aparece en mis novelas y en esta, en particular, en grado sumo.»

iguales. Pero si tuviera que definirlos con pocas palabras diría de ellos que son la expresión más mortífera del deseo de venganza.

La figura de Mehmet es especialmente interesante, pues es jenízaro que se crio y adiestró dentro de la institución del *devşirme* o el «tributo de sangre»; es decir, fue un niño serbio captado por este sistema entre la población cristiana. ¿Qué significaba esta institución en el ejército otomano?

El *devşirme* proveía al sultán otomano de un material humano muy particular: privados de sus familias, de sus pueblos, de su religión y costumbres, a esos niños llevados a Constantinopla desde todos los rincones de los Balcanes, solo les quedaba una referencia, un punto de anclaje: el sultán y, sobre todo, sus camaradas jenízaros. Recibían una educación muy superior a la de cualquier soldado europeo de la época y se les inculcaba un espíritu de cuerpo y de sacrificio sin medida. El sultán era su padre, su señor y, también, figurativamente, su compañero. Por eso, los viernes, desfilaban hasta la puerta del palacio portando sus calderos para recibir de las cocinas del sultán la comida. Los jenízaros fueron la sangre del Imperio otomano y de sus filas salieron, a menudo, los grandes visires, los almirantes, los gobernadores y, esto se olvida, los pensadores, los artistas y los científicos que hicieron de los otomanos el gran imperio rival de la España de Carlos V y Felipe II.

Mehmet al-Rumi es un niño serbio, nunca dejará de serlo, pero es, ante todo, un jenízaro. Es, por ende, un hombre forjado para la guerra y la conquista. Cree en lo que es y lo que es se llama «guerra.» Una sin concesiones, sin resquicios para la excusa. Guerra en estado puro.

Por su parte, José de Monteaudo es un alférez de un tercio y descubrimos pronto que participó en el pasado en la desastrosa campaña de Los Gelves, fue capturado y pasó unos años cautivo en Constantinopla. Antecede, en cierto modo, a una figura histórica como Miguel de Cervantes, otro cautivo célebre en manos otomanas.

Sí, Cervantes es un hombre de su época y fue, bien sabido es, un hombre de los tercios. No quise meterlo adrede en la novela, pues me lo reservo y considero que su figura distraería, por así decir, al lector de lo

que me interesa: la aventura en grado sumo. Pues estos hombres, los de los tercios, amén de soldados sin igual, fueron gente de aventura y de desdicha. ¿Y quién retrató con más tino a la una y a las otras? Cervantes. Aventura y desdicha, eso fue su juventud y eso se encuentra en sus obras. Monteaudo es uno de esos españoles que supieron del cautiverio. Uno que hoy es difícil de imaginar: encerrado en una torre turca, atado al remo de una galera durante años... Eso te forjaba con fuego implacable.

Compañero de aventuras de Monteaudo es Lope de Figueroa, un personaje histórico. ¿Qué te llamó la atención de él?

Todo. Lope de Figueroa, un personaje histórico, es el gran soldado del siglo XVI. Un hombre sin igual capaz de encajar en una sola batalla diecisiete heridas y seguir combatiendo y obtener la victoria. Monteaudo fue creado, lo confieso, para ser compañero de Lope de Figueroa: al igual que Lope fue capturado en Los Gelves, llevado a Constantinopla, atado al remo de una galera y al igual que él participa después en la toma del Peñón de Vélez de la Gomera (1564), en el socorro a Malta (1565), en

las primeras batallas de Flandes, en la Guerra de las Alpujarras (1568-1570) y en Lepanto (1571). Lope es un hombre irrepensible. Hoy, sencillamente, sería imposible un hombre así. Por eso cuento su historia y la de los suyos: los hombres de los tercios. Porque es una historia única e irrepensible. Una historia que debemos disfrutar y, sobre todo, no olvidar.

En la novela tenemos a algunos personajes femeninos, destacando María la Bailaora, que ¡además combatió en Lepanto! Un personaje que nos permite también conocer un poco otra realidad de la época: la de las mujeres. ¿Qué quisiste destacar con un personaje como el de María y en relación a la realidad cotidiana de las mujeres de, en este caso, la Granada del período?

María la Bailaora es una mujer que no debía dejar indiferente a nadie. Fue una mujer real, de Granada, y una de esas que no temían desafiar el peligro. Sabemos que era bailaora, esto es, mujer de taberna y vida complicada, sabemos que era la amante de un soldado y sabemos que se embarcó para Lepanto y que derrochó valor en la batalla; tanto que don Juan de Austria le confirió un gran e inusitado honor: sen-

tar plaza en el mejor de los tercios. Con esos mimbres yo he creado una mujer que se parece mucho a lo que debieron ser esas mujeres del siglo XVI que, lejos de palacios o de casas campesinas, esto es, del mundo ordenado de la alta y la baja sociedad, vivían al límite, en lo marginal. Mujeres que debían bregar con la exclusión social y que arrastraban un pasado de penurias y un presente en el que, o se comían el mundo o el mundo se las comía a ellas.

María, ni que decir tiene, era de las que se mendaban al mundo. Mujer que lo mismo bailaba en una taberna, que, arcabuz y daga de mano izquierda bien dispuestos, batallaba en primera línea con los turcos. Yo me la he imaginado mujer de taberna, de pasado complejo y turbio, y de carácter de fuego: una mujer de pasiones que es capaz de vencer a un destino aciago y que solo da un paso atrás para bailar mejor.

Otras mujeres de la novela, como Ísmihan, una noble turca, la hija del primer visir del Imperio otomano, nos muestran a otro tipo de fémmina del período: la de la nobleza. Sofisticada, elegante, romántica...

La mujer siempre está presente en la historia y nunca deja indiferente. Estas dos, la española y la turca, son de esas que te dejan con la boca abierta y sin aliento.

Gran parte de la novela sucede en las sierras y vegas granadinas en el último año de la Guerra de las Alpujarras. ¿Fue una contienda tan feroz como se entrevé en la novela?

Fue despiadada, brutal, sin clemencia... ¿y por qué? Porque fue una guerra civil. Una en la que la religión y la cultura eran el «combustible» que avivaba la hoguera de la destrucción. La Guerra de las Alpujarras es el ejemplo de cómo la desconfianza, la intransigencia y el miedo pueden llevar a unos vecinos a matarse con saña entre sí. Yo estuve en Bosnia, ya lo sabéis, y cuando leía los relatos contemporáneos sobre la Guerra de las Alpujarras no podía dejar de pensar en los musulmanes, serbios y croatas que conocí en la antigua República Yugoslava.

La Guerra de las Alpujarras además de una guerra sin cuartel y parte también del «Gran Juego» que los Habsburgo españoles y los otomanos estaban jugando para conseguir el dominio mundial.

Una guerra en suelo hispano contra la población morisca rebelada contra el poder cristiano y que recibió apoyo directo desde la Berbería africana e incluso de la Sublime Puerta otomana, ¿no es cierto?

Así es. En la Guerra de las Alpujarras no solo combatieron cristianos viejos y moriscos, sino también voluntarios y corsarios berberiscos y también varios centenares de jenízaros y soldados otomanos. Constantinopla vio en la guerra de Granada una ocasión para distraer a Felipe II y así apoderarse más fácilmente de Túnez y Chipre. Si don Juan de Austria no hubiera obtenido la victoria en Galera, por ejemplo, es bastante probable que al final, con el alargamiento del conflicto, el sultán hubiera estado en condiciones de lanzar todo su poder sobre España. Así que fue una guerra civil, desde luego, pero a la par una guerra de superpotencias.

La novela navega en el género de capa y espada, con la búsqueda de un tesoro, y el brío de las batallas que se

recrea en la novela histórica más al uso. ¿Fueron Dumas y Salgari figuras de inspiración en la escritura?

Por supuesto. Lo repito: *Hasta que pueda matarte* es, ante todo, suma aventura. La historia es vida y la vida es apasionante. No me canso de decirlo y trato de hacerlo en mis ensayos y, por supuesto, en mis novelas. Pero con *Hasta que pueda matarte* doy un paso más: cada página quiere arrebatar el aliento del lector. La aventura, la hazaña, es la semilla primigenia de la literatura. Era lo que congregaba a los hombres junto a la hoguera cuando contaban sus cacerías, sus incursiones, sus duelos, sus batallas... Nacieron así la *Iliada* y la *Odisea* y tras ellas, siglos más tarde, eso que muchos, con cierto desprecio engreído, llaman «género de aventuras». *Hasta que pueda matarte* es un tributo a esa primera gran literatura de Homero, de Cervantes y, también, de Dumas, Salgari... Pero las aventuras de *Hasta que pueda matarte* nunca se olvidan de la tierra en donde crecen: la Historia. El tesoro que buscan los protagonistas existió; las batallas que libran están recreadas con detalle erudito y con viveza. Tanta que uno tiene la sensación de que la sangre te salpica la cara y las fosas nasales se te colman de olor a pólvora.

A medida que avanza la novela surgen diversos personajes históricos que nos llevarán hasta Lepanto. Uno de ellos es el joven don Juan de Austria, un personaje en cierto modo muy mitificado. ¿Cómo quisiste recrearlo en esta novela?

He tratado de rescatar al hombre auténtico: al joven marcado por su infancia, por su bastardía y también, por el deseo de probar a todos y, sobre todo a sí mismo, que pese a quien le pese, él es el hijo del emperador Carlos V y, por ende, un señor de hombres y un caballero. Don Juan de Austria es un personaje crucial en *Hasta que pueda matarte*. Uno que va creciendo en cada página, con cada victoria, con cada amargura, con cada gota de sangre que exige a sus hombres y que se exige a sí mismo. Yo no quería llevar al lector al héroe inmaculado, sino al joven «General de Cristo» con sus vacilaciones, sus miedos, sus carencias... Pero también con su valor, con su determinación, su heroísmo incluso.

La consecución de la Liga Santa, tras la caída de Chipre en manos otomanas, fue procelosa y en cierto modo complicada, y de modo más o menos directo lo planteas en el tercio final de la novela. Pero ¿tan complicado fue poner de acuerdo a las potencias navales cristianas?

Mucho. Nadie confiaba en nadie: los venecianos desconfiaban de Felipe II, este lo hacía a su vez de Venecia y de esta última, de la Serenísimas, recelaban todos los demás: Génova, los caballeros de la Orden de San Juan de Malta... El verdadero éxito de don Juan de Austria estuvo no solo en vencer a la flota turca, sino en lograr que la suya no se desbandara antes de llegar a Lepanto.

Lepanto, la batalla del «Cabo ensangrentado», se erigió pronto en una contienda que fue incluso más allá de la hipérbole y la leyenda, pero sus consecuencias ¿fueron determinantes? Aun así, y conociendo el lector medio su resultado, ¿cómo quisiste plantearla?

Lepanto tuvo enormes consecuencias de carácter vital y universal. Pues aunque los turcos pudieron rehacer su flota al año siguiente, no lograron reconstituir su

fuerza: los barcos turcos pudieron ser sustituidos por otros, eso era cuestión de dinero y el Imperio otomano contaba con mucho, pero los hombres, esto es, los marinos expertos, los artilleros diestros y, sobre todo, los jenizaros y soldados veteranos, esos nunca fueron sustituidos. Después de Lepanto, los turcos solo obtienen un éxito reseñable: Túnez y a partir de ahí, buscan, con ahínco, la paz con España. En Malta, Chipre y

«Hasta que pueda matarte es un tributo a esa primera gran literatura de Homero, de Cervantes y, también, de Dumas, Salgari...»

Lepanto se quiebra la poderosa máquina militar construida por los turcos. Si en Lepanto hubieran triunfado los otomanos, Italia hubiera sido frontera y puede que hasta provincia de los turcos. Pocos recuerdan que unas semanas antes de Lepanto la flota otomana navegaba junto a Venecia y que después de la gran batalla, jamás pudieron aspirar a volver a amenazar el Poniente.

Por todo ello quise que Lepanto estuviese en la novela. Pero no de cualquier manera, sino como lo vivieron los hombres que mataron y murieron en ella. En *Hasta que pueda matarte* llevo al lector dentro de la batalla. Quise que sintiera la furia, el valor, la locura, el miedo... Que oliera la sangre y la pólvora. En suma, que se sintiera parte de «la más alta ocasión que vieron los siglos».

Tendremos más aventuras de Monteagudo y Mehmet. ¿qué nos puedes adelantar, sin entrar en detalles, de la siguiente entrega?

Esta aventura ha sido concebida como una saga en la que podemos asistir a través de personajes inolvidables y fundamentales de nuestra historia, al gran duelo de superpotencias librado entre la Monarquía Hispánica y el Imperio otomano. La próxima entrega está ya en la «sala de máquinas» y, nuevamente, será aventura e historia en estado puro con olor a pólvora, sangre y mar ¿Una pista? Varias: Túnez, Constantinopla, Rusia e Inglaterra estarán en sus páginas y junto a los hombres de los tercios y los jenizaros, aparecerán los espías, los banqueros y los reyes.

de máquinas» y, nuevamente, será aventura e historia en estado puro con olor a pólvora, sangre y mar ¿Una pista? Varias: Túnez, Constantinopla, Rusia e Inglaterra estarán en sus páginas y junto a los hombres de los tercios y los jenizaros, aparecerán los espías, los banqueros y los reyes.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



© José Luis García Morán

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prólogo

1. La Torre de los Cráneos
2. El comienzo
3. Lo insoportable
4. Triunfo y derrota
5. Lo inesperado
6. La cueva del tesoro
7. La Torre del Silencio
8. La mejor medicina
9. El bastardo
10. Las negras manos del demonio
11. La mina
12. Como fieras
13. Recuerdos de un bazar
14. Unos entran y otros que salen
15. Una que cae
16. La cacería
17. La cesta de los muertos

18. La sogá en la ventisca
19. Con ojos de viejo
20. De héroes y damas
21. Un hombre llamado Juan
22. El hijo del muecín
23. Lo que el rey no puede ser
24. Afortunado príncipe
25. De espías y planes de batalla
26. La honra
27. Rumbo al «Cabo ensangrentado»
28. El fuego del cielo
29. Olas de sangre y fuego

Epílogo en La Real

Epílogo turco

Nota del autor

Agradecimientos

Posfacio: La monarquía de España contra turcos y moriscos (Álex Claramunt Soto)



© Pablo Outeirral

DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 1. LA TORRE DE LOS CRÁNEOS

José de Monteagudo, que había saltado por los aires ante la embestida brutal de las dos galeras turcas, logra al fin ponerse de nuevo en pie y recoger del suelo una abandonada rodela con la que dar compañía a su espada. Tiene diecinueve años y diez meses atrás, vete tú a saber cómo y por qué, había llegado a Génova para embarcarse en la empresa de Trípoli que debía de capitanear el virrey de Sicilia, el duque de Medinaceli. Ahora, atrapado en la costa ardiente de Los Gelves, también conocida como Djerba, mira fijamente a la muerte que se le echa encima y lucha denodadamente por mantenerse firme ante ella.

Y truenan de nuevo los cañones del fuerte español y de nuevo lo hacen inútilmente. Pues a las naves españolas, venecianas, genovesas, pontificias y maltesas que se apretujan bajo los muros que se alzan sobre el fondeadero ya no las salva nadie. Pero Monteagudo ya no escucha esa desesperada y última salva. Todos sus sentidos están puestos en los jenízaros que, envueltos en sus largas dalmatas de vivos colores, se arrojan sobre la cubierta de su galera. Puede ver sus rostros, rubicundos unos, morenos otros, y sus cabezas cubiertas con extraños tocados de fieltro blanco coronados con fantásticas plumas de garza, avestruz y águila que señalan su valor y sus hazañas, y puede ver sus armas de filos sedientos de sangre cristiana. Sí, ve todo eso y ve también hasta sus alaridos de triunfo y matanza. ¿Se ven los alaridos? Te dirán que no, pero aquellos se ven y su visión termina por desatar los paralizados miembros de Monteagudo que, al fin, logra esgrimir la espada y atravesar con ella el rostro de un turco que trataba de cortarlo en dos con su alfanje.

A partir de ese momento, todo se ordena, pues la batalla se engalana de locura y destreza, que son sus prendas más preciadas cuando quien se mete de lleno en ella, es un hombre adiestrado para matar. Y él, José de Monteagudo, ciertamente, ha sido hecho para la muerte, y aquel día es consciente de ello y los que con él se topan en aquella cubierta colmada de dolor y vísceras tampoco lo ponen en duda.

CAPÍTULO 6. LA CUEVA DEL TESORO

María la Bailaora observa con suma atención la informe figura embozada de noche que es el soldado que Monteagudo ha dejado atrás. Ella y sus hombres han desmontado en completo silencio tras internarse en el bosque, llevando a los caballos por las riendas, y detenerse junto a la cresta de una colina. Desde ella, abajo, han visto al grupo de Lope de Figueroa y contemplan como se divide en dos y deja tras de sí a un par de guardias para que custodien las monturas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Thomas el Inglés.

María se toma su tiempo en contestar. Quizá, no puede evitar pensarlo, quizá se ha precipitado. Se

Y pelea. Resbalando sobre la sangre vertida generosamente por españoles y turcos, por italianos y sirios, por alemanes y berberiscos, dando estocadas salvajes, saltando sobre cadáveres y sobre cuerpos agonizantes y abriéndose paso hasta la crujía de la destrozada galera cristiana en donde un joven capitán, don Lope de Figueroa, se bate solo contra una jauría de berberiscos y jenízaros en un combate sin esperanza. Pero con «esa», con la esperanza, no se puede contar en aquella malhadada jornada. Así que Monteagudo patea la rodilla de un jenízaro, clava su daga en el pecho de un moro y, con un último arreón de espada, se coloca junto a don Lope.

Lope de Figueroa tiene también diecinueve años y sabe que no va a cumplir ni uno más. Pero no le importa. Importan la lucha y la honra, y él sabe mucho de la una y de la otra. Así que cuando por el rabillo del ojo ve saltar a su lado a un soldado español para acometer a los infieles que lo están acosando, se limita a dejarle sitio para que pueda morir a su lado.

Y combaten juntos. Hombro con hombro, rodela acompañando a rodela, toledana danzando junto a toledana. Y paso a paso, sin perder la cara al enemigo y dejando ante sí un carnicero reguero de cadáveres y heridos, van retrocediendo hacia la popa de la galera española que, para ese entonces y aparte de ellos dos, ya no presenta resistencia alguna al turco.

Son ahora dos lobos, o dos leones o, simplemente, dos hidalgos españoles decididos a morir matando mientras que sus enemigos, que también saben de decisiones tremendas, los acosan sin piedad y acorralan en la popa. Allí, don Lope de Figueroa, moreno, alto, membrudo, está milagrosamente intacto pese al torbellino de acero que lo cerca por todos lados y pese a la muerte que, pródiga y generosamente, dispensa en torno suya; pero Monteagudo sangra ya por varias heridas y los ojos se le velan de sangre por mor de un largo corte que le parte la cara.

arriesgan mucho: son solo una banda de rufianes y bandoleros, mientras que aquellos a los que siguen son hombres del rey, curtidos en la guerra; y por si eso fuera poco, delante tienen a los turcos y a los moros. Trata de desechar la prudencia y para hacerlo invoca las noches pasadas con el estómago vacío. Luego, con un gesto entre contrariado y decidido, toma una decisión.

—Tú vas detrás del grupo grande con los quince «delados» —indica a Thomas— y yo voy tras el grupo pequeño con el monfí y los otros cuatro hombres. El primero que dé con la guarida de los turcos y se haga con el tesoro, que toque el cuerno y regrese a toda pri-

sa aquí para reunirnos de nuevo y hacer el reparto. Luego, que cada uno corra por donde quiera.

Eso dice, así de corrido y sin respirar. El inglés se la queda mirando un buen rato, algo que pone de los nervios a María. Pero se sujeta y hace lo que sabía que siempre doblega al gigante: le besa. Un beso largo y dulce. Cuando se separa, sonrío y Thomas, dócil y vencido, le devuelve la sonrisa.

—No tengas miedo, Tomás, todo irá bien —dice María y tranquiliza al gigantón de pálido rostro—. Si la fortuna nos acompaña volveremos a reunirnos aquí y para ese entonces seremos ricos. Lo importante, ya sabes, es no perderles la pista a esos. Ya seas tú o lo haga yo, daremos con el tesoro; el primero que lo haga, que lo tome y corra en busca del otro. Seremos ricos, Tomás. Ricos y felices.

Se hace el silencio de nuevo. El plan de María es una mierda. Sí, y como lo es, huele mal y no ofrece mucha confianza. Y eso, precisamente, sumado a que Ma-

ría lo ha planteado tan simple y directamente, genera alguna que otra duda en Thomas. Pues los gigantes son grandes, pero no necesariamente tontos; y Thomas, por cierto, no lo es.

María tampoco es tonta. Así que vuelve a besarlo y eso, por lo visto, basta para disolver las últimas dudas de Tomás el Inglés que, dando una seca orden, se lleva a sus quince «delados», forajidos catalanes metidos a desertores del ejército del rey Felipe, tras las huellas de Lope de Figueroa.

María los ve alejarse en silencio y luego, indicando al monfí que los guiaba que se ponga en cabeza, ordena a su vez seguir al pequeño grupo que se ha dirigido a la pared de roca de la cumbre oculta por la noche.

Llegan a las cercanías de la pared justo para ver cómo los últimos soldados de Monteagudo trepan hasta la cima. Al poco, ven también como se asoman y lanzan abajo cuerdas, y como el hombre que se ha quedado allí apostado hace señales con una linterna sorda.

CAPÍTULO 9. EL BASTARDO

Huéscar. 12 de enero de 1570.

Don Juan de Austria aún no tiene veintitrés años. Algunos dicen, lo sabe, que es demasiado joven para mandar tan gran ejército. ¿Pero cuantos años tenía Alejandro Magno cuando comandó la caballería de Macedonia en Queronea? Dieciocho. Tampoco es que fueran mucho mayores Aníbal, Pirro o Escipión el Africano cuando capitanearon sus primeras huestes. No, no eran mucho mayores de lo que él lo es ahora.

Se entretiene pensando en ello mientras lo afeitán y aparejan para el consejo de guerra que se va a celebrar allí, en el alcázar de Huéscar. Hace mucho frío. Es esta una tierra que engaña, pues uno esperaría que, estando tan al sur, el invierno fuera más benigno; pero está a 12 de enero y todos los días, cuando amanece y se acerca a la jofaina junto a la cama para lavarse la cara, se encuentra el agua congelada.

Ciertamente, en Leganés, donde lo crio la buena de doña Ana de Medina, hace menos frío que en las sierras, vegas y hoyas de este reino de Granada donde ahora porfía en guerrear. Sí, «porfía», pues aunque fue nombrado capitán general en abril del año anterior, lo cierto es que su hermano, el rey Felipe, se encarga, con monárquico celo, de que el enjambre de consejeros que ha puesto en derredor suyo le impida ejercer sus funciones sin traba alguna.

No le guarda rencor a su hermanastro por eso. Felipe es el rey y un rey no es amigo de derrotas; y él, por muy hijo del César Carlos que sea, no deja de ser también un jovenzuelo sin apenas experiencia bélica. Juan, o Jerónimo, pues antes lo llamaban así, siempre ha tenido como una de sus mejores virtudes la de ser sincero consigo mismo y, por ello, conviene en que de

ser él el rey y Felipe el bastardo, también lo rodearía de consejeros que lo vigilaran de cerca y le impidieran cometer errores y, de paso, las tonterías propias de su edad.

En el fondo, aunque eso no lo confesaría a nadie, se sigue sintiendo como el protagonista de una novela de caballería. Se recuerda, o por mejor decir, se ve, algo más de diez años atrás, el 28 de septiembre de 1559, participando en una cacería junto al rey en lo que, sin saberlo aún, iba a ser el día de su segundo nacimiento. ¿Pues de que otra forma podía llamarse a lo que ocurrió? Felipe cazaba rodeado de grandes señores y él, un niño de doce años y medio, no sabía cómo comportarse y trataba de pasar desapercibido cuando el rey lo llamó a su presencia. Conforme estuvo ante sí, el rey le puso las manos en los hombros y lo besó, y para asombro de todos lo reconoció como hijo del emperador y hermano suyo. Pero si hubo «asombro» para todos, para él lo hubo en cantidad mayor que agua contienen los mares océanos; sí, tanto asombro sintió, que se quedó mudo.

—Ya no eres Jerónimo —le dijo el rey—, sino mi hermano, el infante de Castilla, don Juan.

Así de sencillo: el pequeño Jeromín había tenido su propio nacimiento y su propia vida; ahora quien había nacido y le tocaba vivir era a Juan.

Fueron años extraños, recuerda: en la corte, bajo la mirada atenta de la joven reina, doña Isabel de Valois, que siempre tenía palabras amables para él y de su hermano, el rey, que siempre le ofrecía muestras de cariño y respeto delante de todos los grandes del reino para que ninguno de ellos olvidara que era un infante de Castilla e hijo de un emperador; también en Alcalá

de Henares, donde estudió junto al príncipe y heredero don Carlos y Alejandro Farnesio, nieto tanto de un papa como del emperador, si bien esto último también a título de hijo de una hija ilegítima del César. Tres jóvenes caballeros que pronto darían que hablar y que aún podían permitirse soñar.

Sí, como cuando en 1565 se escapó de la corte y cabalgó hasta Zaragoza con la intención de alistarse en el Socorro que se quería enviar a la asediada Malta. Al rememorar aquello, mientras la navaja del barbero rasura su cuello y clava los ojos en el artesanado del recio techo de la cámara, don Juan se arriesga a sonreír levemente. ¿Cuántos años tenía entonces? Apenas veinte; en el fondo, como todo hombre que no se engaña, sabe que el jovencito que fue nunca se ha ido.

Quizá por eso, a veces se sorprende recordando a doña Ana: tan dulce, tan sencilla, tan dispuesta a quererlo. También se acuerda del padre Bautista Vela que, sin saber que entre los feligreses de su parroquia había un príncipe —bastardo pero príncipe—, no le hizo demasiado caso y desistió de enseñarle las primeras letras. Pero en Leganés sí aprendió a pelearse con otros chiquillos, a subirse a los árboles en busca de nidos de pájaro, a cazar conejos con trampas y a jugar todo el día a moros y cristianos.

Recordar todo eso hace que aflore una sonrisa en sus labios; a su lado, el criado que se afana en afeitarlo, sonrío a su vez y no puede evitar pensar que su joven señor es muy guapo.

—El marqués de los Vélez os espera, excelencia. —Irrumpe en la habitación la voz de su ayo—. Y pocas

veces he visto a un hombre más airado. Si no convocáis pronto el consejo de guerra, temo que sufra una apoplejía.

Don Luis de Quijada, su ayo, fue designado por orden del César Carlos para educar al joven príncipe. Tiene muchos años, pero no los aparenta; impecablemente vestido, alto, delgado, vibrante como lanza clavada en tierra, fue el mayordomo del emperador y uno de sus más fieles consejeros y amigos. Ahora avanza por la estancia y deja que sean sus palabras, y su tono, los que expresen a su señor cuán divertido resulta que uno de los nobles más poderosos de España esté poseído por la rabia de verse relegado en la capitánía general por un simple «jovenzuelo».

—Dicen que la rabia es como el agua puesta a calentar: sirve para cocer —replica el joven príncipe—. Así que demos un poco más de tiempo al señor marqués para que se cueza en su propio jugo, por así decirlo.

Don Luis no reprime una risita y toma asiento tras el infante, que, aprovechando el espejo que le pone delante el barbero, contempla a su admirado y querido ayo. ¿Se puede tener al lado a un mejor hombre? No, se dice plenamente convencido. Don Luis y su gentil esposa, doña Magdalena, lo han educado como a un hijo; para ellos era, es y siempre será Jeromín. Con ellos aprendió a leer y escribir y, sobre todo, aprendió a conocer el mundo. Don Luis, infatigable narrador, se pasaba horas y horas hablando de historia, política, diplomacia, sí, y relatando las aventuras y hazañas del César Carlos.

CAPÍTULO 10. LAS NEGRAS MANOS DEL DEMONIO

Monteagudo, con la espada desenvainada y la bandera bien sujeta en la otra mano, avanza en el centro de la carga que ha lanzado su tercio contra las defensas meridionales de Galera; y no olvida ni a Lucas, ni a su asesino: por eso, mientras corre junto a Lope y los disparos de arcabuz nublan lo que tiene delante con su acre humo, busca con ansia el rostro deforme de Mehmet al-Rumi.

Y lo halla. A veinte pasos delante de sí, junto a la brecha que la artillería ha abierto en un paño del muro del castillo, está dirigiendo a un grupo de arqueros, mosqueteros y escopeteros turcos y argelinos. Monteagudo aprieta el paso y prepara la espada.

Mehmet lo ve venir hacia él como un toro furioso. Su ojo azul relampaguea con gélido odio y su mano izquierda busca la pistola de rueda que lleva en el cinto: gira el mecanismo, lo amartilla y dispara contra el alférez que se le echa encima.

Pero el disparo es solo ruido y humo. Mehmet, furioso, arroja el arma al rostro de su odiado enemigo.

Monteagudo, tras el humo, entrevé la faz airada de su enemigo, y entonces recibe el golpe de la pistola que este le ha arrojado en la celada, aturdiéndolo un instante, por lo que detiene su carrera. A su lado, Lope, flanqueado por sus alabarderos y por Gregor de Gordon, mata a un argelino; un poco más allá, Andreas el Griego pelea denodadamente junto al sargento de la compañía contra un aluvión de moriscos que les cierran el paso, así que tiene tiempo de recuperarse y sumarse al combate con renovado brío y exaltada furia.

Sin embargo, los instantes que el alférez ha tardado en recuperarse del impacto en la celada de la pistola, los aprovecha Mehmet para segar la vida de un soldado con su yatagán; y no bien ha conseguido despejar su camino hasta él, el turco le propina una patada, desequilibrándole otra vez al tiempo que le arranca una rabiosa maldición.

—¡Maldito seas, perro del infierno! —maldice Monteagudo mientras pugna para no irse al suelo en

medio de la confusión del enconado combate que se está librando en la brecha.

Tras él, inadvertido, sigiloso como un gran gato y manejando un montante descomunal, se halla Thomas, que siente como las manos enguantadas en manoplas de hierro le hormiguean como si tuvieran voluntad propia y pugnaran por dirigir la hoja del espadón contra la nuca del alférez.

Durante un parpadeo el inglés se pregunta si no habrá llegado su momento: medio envueltos por el humo de los tiros de arcabuz, a su alrededor todo es una confusa maraña de hombres enloquecidos que se afanan en darse muerte a base de golpes de hacha, embates de pica, estocadas de espada y tajos de alfanje y alabarda. ¿Quién se va a dar cuenta de que él ha acabado con el alférez?

En el centro de aquella brecha abierta por la artillería en la muralla del viejo castillo de Galera, Mehmet fija durante un segundo su tuerta mirada en Monteagudo y advierte también la extraña vacilación del gigantón que el alférez tiene a sus espaldas blandiendo un montante. Allí ocurre algo, piensa. Pero no es tiempo para pensar, sino para pelear como lobos acorralados. Sabe que la ola de asaltantes está rompiendo con furia contra la posición que defiende junto a sus mejores hombres, que, paulatinamente, van cayendo. Golpe

a golpe, herido a herido, muerto a muerto, en ese sector al fin solo quedarán, cara a cara, el capitán jenízaro y el alférez español. Dos que se odian a muerte se apresuran a cobrarse la venganza que tanto ansían.

En semejantes lances, no hay tiempo para palabras, sino solo para los aceros. Monteagudo lanza una profunda estocada al rostro de Mehmet al-Rumi que este último sabe parar con su yatagán y devolver en forma de golpe de revés que alcanza de lleno el pecho de su enemigo y pone a prueba la calidad de su peto; este resiste con éxito el filo del arma turca.

Monteagudo aprovecha el homicida impulso de la hoja del yatagán de su enemigo para sumarlo al salto que da hacia atrás en busca de espacio y equilibrio. Está embarazado por la bandera cuya asta empuña con la mano izquierda y que no puede soltar. Detrás de sí, en un sangriento apelo-tonamiento de muerte y salvajismo brutal, pelean cristianos y musulmanes; pero en frente, alto y terrible, solo Mehmet al-Rumi le cierra el paso. El turco lo fulmina con su único ojo, mientras se prepara para saltar sobre él.

Y salta. Como un resorte propulsado por la fuerza feroz e invisible de la infinita ira que se le ha acumulado en las entrañas desde el día en que aquel hombre lo dejó tuerto y desfigurado para siempre.

CAPÍTULO 15. UNA QUE CAE

Y es que las estocadas del alférez han dejado de ser diestras para ser solo dolor y odio; los golpes del jenízaro, por el contrario, son tan fríos y certeros como su acero. Y allí, envueltos por la batalla, los duelistas están a punto de dar cumplimiento a su destino. Pues por dos veces ya, la guardia del español ha sido quebrada y la sangre mana sin freno por las dos heridas, la que el turco le ha abierto por encima de la rodilla izquierda y la que, tras arrancarle de un golpe la visera de la celada, le cruza ahora la frente, enturbiándole, con su propia sangre, la mirada.

Retumban los cañones mezclándose con alaridos de muerte y triunfo. A nueve pasos a su izquierda, impacta una bala de cañón decapitando a una mujer y atravesando el pecho de un hombre. Pero ellos, los duelistas, permanecen ajenos a todo, pues todo está cumplido para ellos.

Mehmet saborea el momento y, dando un paso adelante, apoya su filo en el del alférez. Quedan las dos espadas besándose y sus miradas, la del oficial otomano y la del hidalgo español, se enredan. Hay mucho odio allí y también, ¿para qué negarlo?, admiración y reconocimiento.

—Has sido un excelente enemigo —le confía Mehmet al-Rumi a punto de ir a matarlo.

José de Monteagudo está acorralado: detrás, entorpeciéndolo, tiene el gran sillar donde antes apoyara sus pies el turco y delante, mirándolo fijamente, su enemigo mortal calibra sus fuerzas y se apresta a dispensarle muerte. Así que no responde al jenízaro, sino que pregunta:

—Al menos muero siendo lo que siempre fui y lo que mis padres de mí hicieron. ¿Puedes tú decir lo mismo, jenízaro? ¿Puedes tú decir que tus padres cristianos podrían ahora mirarte a la cara sin sentir vergüenza de lo que engendraron?

Es un golpe muy bajo.

Mehmet, sin poder evitarlo, evoca en su mente la imagen última de sus padres: su madre, en el suelo, llorando de rodillas y suplicando en vano, y su padre, muy quieto, con los puños apretados y gritándole que demostrara a los turcos que era más fuerte que ellos.

—¿Y qué sabes tú de eso, perro? —le espeta más airado de lo que debiera.

—¡Cuatro años! ¡Cuatro años estuve en las mazmorras y en las galeras del turco! —le replica a su vez Monteagudo poniendo en su voz todo el desprecio que encuentra—. ¡Y al contrario que a ti, nunca me domaron!

Y salta sobre el jenízaro aprovechando la rabia y desconcierto que sus palabras le han causado.

Vuelan los aceros empuñados por manos diestras y dos hombres transformados en fieras, entablan duelo a muerte en mitad de la locura de sangre que los rodea. Monteagudo cojea y de tanto en tanto, sacude la cabeza para espantarse la sangre que le corre por la cara. Mehmet, hirviendo de furia, ya no se domina y por eso, ahora es la espada toledana la que rompe la guardia y clava su punta en el pecho enemigo.

Pero la cota que reviste a Mehmet es buena y aunque el acero rompe escamas de metal y cuero y penetra hasta el hueso, allí se queda sin hacer mucho daño. Una patada de Mehmet a la rodilla herida de Monteagudo lo libera y le da espacio. El alférez, al caer hacia atrás, a punto está de perder su arma.

—¡Yo soy Mehmet al Rumi! ¡Yo soy el más fuerte! —ruge fuera de sí—. ¡Nunca me doblegué! ¡Nunca traicioné lo que mi padre me pidió! ¡Jamás me sometí!

Y fuera de sí, lanzando golpes devastadores que Monteagudo a duras penas puede parar o esquivar, lo acorrala de nuevo.

Pero entonces, coronando la posición, llega una nueva ola de soldados españoles que barre las defensas y empuja a Mehmet y a Monteagudo; separados por el torbellino de gente de guerra, ambos quedan a tres pasos el uno del otro, mientras siguen retumbando los cañones y los tiros de arcabuz y mosquete, y los hombres, de un lado y de otro, mueren o caen heridos a sus pies.

Y en aquella confusión terrible, alguien toca el hombro de Mehmet y cuando se vuelve, con el ojo azul ardiendo de helada furia y el yatagán listo para matar, ve detrás suyo a Alí el Mudo y, unos pasos más atrás, junto a las ruinas de una casa, a un grupo de sus jenízaros más esforzados que se baten como leones. Y comprende que, por encima de todo, es un capitán de hombres.

Y se da la vuelta y junto a Alí y los demás, echa a correr por las devastadas calles de Galera.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com

